

Un descuido

Cristina Soto Céspedes



Image not found.

Capítulo 1

Despertó asustada, tratando de recordar si había cerrado la ventana la noche anterior. Las cortinas parecían moverse con el viento y un brisa suave rozaba su mejilla. Se calzó las zapatillas de levantar y caminó presurosa al dormitorio de Martín.

Al llegar a la puerta que se encontraba justo en frente de su dormitorio, sintió una angustia que le apretó la garganta. Cuántas veces había discutido con la niñera por no ser cuidadosa y dejar la ventana abierta cuando el niño estaba jugando en la habitación. Cómo era posible que esa tonta mujer no se enterara por los noticiarios de tantas desgracias que ocurrían por un simple descuido.

Roberto no estaba cómo era de esperar, cuándo estaba en casa en los momentos importantes, cuándo había estado en una emergencia o en unos de esos días terribles, en que se necesita un poco de contención o una simple palabra de consuelo. Pero bueno, la costumbre ayudaba a superar esos momentos de rabia y desolación. Ahí estaba, sola y perturbada, contemplando esa cama vacía donde hace unas horas estaba durmiendo su niño.

Quizo gritar pero el miedo la dejó confundida, sin saber hacia donde correr, qué número marcar, a quién pedir ayuda. Sólo daba vueltas por el departamento tratando de encontrar a Martín, buscó en el closet, donde solía esconderse cuando no quería comer. En la cocina solía hacerlo en la alacena, donde podía robarse las galletas de la colación. La tina había sido uno de sus refugios favoritos. Buscaba y buscaba, pero nada, su hijo no estaba por ninguna parte.

Se sentó unos minutos en el living y encendió un cigarrillo, aún estaba un poco aturdida, pero intentaba conectarse y entender que algo terrible estaba pasando y que algo debía hacer. Si llamaba a su esposo la culparía de todo y le diría a sus abogados que era una madre negligente y que no estaba capacitada para cuidar al niño. Sus vecinos harían un alboroto y en menos de cinco minutos la policía y los bomberos llegarían a tergiversarlo todo. Pero qué hacer, qué hacer para encontrar a Martín. No era la primera vez que hacía una de sus travesuras, claro que nunca a las 03:00 de la madrugada. Otras veces lo tuvo que buscar desesperadamente en todas las habitaciones, con la facilidad que le daba su tamaño y flexibilidad para meterse en cualquier parte.

Le quedaba una última opción, pero se negaba a mirar por la ventana, por qué Martín iba a despertar y mirar hacia afuera, no, en realidad era absurdo, qué iba a despertar la curiosidad de un niño a esa hora de la

madrugada. Tuvo deseos de llamar a la niñera y recriminarla por dejar la ventana abierta, pero tendría que explicarle todo y sería demasiado complicado.

Seguir atormentándose entre cuatro paredes era su única opción, encender otro cigarrillo y preparar un café para despertar se hacía necesario. Cerró los ojos y comenzó a reconstruir los últimos acontecimientos del día. Martín solía acostarse un rato con ella y cuando se dormía lo cambiaba a su cama, aunque, más de una noche el cansancio le ganaba y despertaban abrazados al otro día. La ventana la cerraba siempre antes de acostarse, así como se preocupaba de cortar el gas, revisar las llaves del agua, de dejar todo desenchufado, no, estaba segura de haberla cerrado. Pero si estaba tan segura, por qué despertó con el viento que se filtraba por las cortinas del dormitorio de Martín. Por qué no se atreve a mirar hacia abajo, es sólo dar unos pasos y entender lo que está pasando, por qué no ser capaz de enfrentarlo.

Por fin terminó de beber el café y se puso de pie con la intención de ir al dormitorio. Pasó por el living y tuvo deseos de tomar el celular para llamar a la nana, de seguro ella sabía algo, ella era la responsable de todo lo que estaba pasando. Finalmente, se atrevió a correr la cortina del dormitorio y mirar a través de la ventana. Levantó un pierna y la apoyó sobre el marco, luego se impulsó desde el suelo y levantó la otra. Estaba sentada mirando el panorama desde el sexto piso del condominio. Podía sentir como las luces de la ciudad quemaban sus últimas esperanzas. -Es hora querida mía, es hora querida...- Dijo con voz apagada. Cerró los ojos y abrió las manos que aún sujetaban con fuerza las cortinas.

Fue capaz de entender, finalmente, que Martín no estaba y nunca más estaría, no era necesario llamar a Rosario, ni a Roberto ni a la policía, Martín estaba escondido, riéndose de ella desde algún rincón del departamento, así era su niño, nunca dejaba de jugar. Sólo era un salto, un salto y un golpe seco, la distancia entre dos dimensiones, entre dos amores interrumpidos por un descuido.